

ARTÍCULOS

Paradojas existencias y emocionales de las personalidades fanáticas

Existential and emotional paradoxes in fanatic people

TERESA SÁNCHEZ SÁNCHEZ

RESUMEN

El fanatismo es una plaga social del siglo XXI que germina en todo tipo de ambientes culturales, religiosos, deportivos y mediáticos. Recorremos aquí los factores psicosociales presentes en las actitudes fanáticas. El intolerante deviene en lo intolerable para la sociedad que lo ha oscuramente alimentado. Puro conglomerado y reactivo de paradojas emocionales y existenciales que se albergan en un útero ideológico insatisfecho y sin respuestas. Algunas de estas antinomias son: a mayor invisibilidad, mayor morbilidad; la idiotez moral correlaciona con la contundencia razonadora de los argumentos justificativos; su despersonalización le convierte en instrumento, pero no en actor responsable y culpable de su acción; se viven como víctimas pese a actuar como verdugos; su muerte o inmolación es un acto nihilista de exaltación de la vida distorsionada en su valor; el fanático se siente más plenamente realizado cuanto más alienado está. Todo este conjunto de paradojas permiten un acercamiento dinámico del que pueden desprenderse líneas de acción psicoterapéutica.

ABSTRACT

Fanaticism is a 21st century social scourge that breaks out in any culture, religion, sport or media environment. This paper reviews psychosocial factors involved in fanatic attitudes. Intolerant people become intolerable for a society

that surreptitiously boosts intolerance. A sheer conglomerate and reagent of emotional and existential paradoxes, sheltered in an ideological unhappy womb, without any reply . Among these antinomies there are the following : the higher the visibility, the higher the morbidity; moral idiocy relates to severity of explaining reasons; their depersonalization turns them into instruments, but not into responsible and guilty agents; they live like victims although they behave as executioners; their death or sacrifice is a nihilistic event extolling their value-distorted life; the more they are alienated, the more they feel realized. This set of paradoxes gives rise to a dynamic approach from which therapeutic action lines may stem.

PALABRAS CLAVE

Fanatismo, Intolerancia, Paradojas, Alienación.

KEY WORDS

Fanaticism, Intolerance, Paradoxes, Alienation.

1. APROXIMACIÓN PSICOLÓGICA AL FANATISMO

Si acudimos al Diccionario de la R.A.E. buscando una primera aproximación lingüística al término 'cajón de sastre' de fanatismo, encontramos una acepción bastante neutra desde el punto de vista moral y psicológico: "Tenaz preocupación, apasionamiento del fanático" (D.R.A.E., 1992). La asepsia no juzga ni el valor ni las consecuencias del fanatismo, que dependerán obviamente del objeto, la intensidad y el destino del acto fanático. A todas luces no es lo mismo ser un fanático del arte que ser un fanático integrista, mientras que probablemente el destino del primero será proteger el patrimonio, defenderlo o ensalzarlo fervorosamente, el segundo se inclinará, en cambio, destructivamente sobre la idea, cultura o actividades que considere opuestas a la pervivencia de su concepción. J. Rostand recordaba que fanatismo y verdad son antagónicos al afirmar que "La dictadura de una doctrina, sea cual sea, dificulta siempre el desarrollo de la verdad" (Rostand, 1971).

El término fanatismo deriva de fanum (templo), siendo el fanático originariamente un defensor del templo, alguien consagrado, incontaminado y bendito. Javaloy (1984)

resalta el proselitismo contagioso ejercido por los fanatici, quienes con sus danzas rituales paroxísticas buscaban inducir un estado extático o frenético en el pueblo. Tal vez sea por esto que el concepto de fanatismo moderno se asocia con lo propagandístico y con lo grupal ritualizado. Las apoteosis del fanatismo tienen mucho de ceremonial, constituyen una suerte de liturgia de transformación a un estado que se considera superior.

Un fanático no concita necesariamente rechazo o animadversión, pues si su ardor y desmesura la vierte en una empresa noble, aun cuando su entrega pueda perjudicarle personalmente, por la sobreexigencia que conlleva, obtiene la recompensa del aplauso social y la veneración de la historia. Muchos de los considerados santos son fanáticos en el sentido del diccionario de la R.A.E., donde no se menciona el componente destructivo que acompaña a menudo la fijación fanática. El fanático aparece retratado como el que "defiende con tenacidad desmedida y apasionamiento, creencias u opiniones, sobre todo religiosas o políticas. Preocupado o entusiasmado ciegamente por una cosa" (R.A.E., 1992).

Resalto en **negrilla** los dos aspectos anteriores pues ambos forman parte del espectro de las personalidades obsesivo-compulsivas (anan-

cásticas) y de las paranoides, dos síndromes psicopatológicos caracterizados por el predominio de una idea fija que se instala en la mente obnubilando el campo de conciencia (de ahí lo de ciegamente), impidiendo la contemplación de cualquier consideración que escape a la franja seleccionada por una atención, sesgada y viciada interpretativamente en el fanático.

¿Qué vamos a entender por fanatismo? De entre las muchas definiciones que podrían aportarse, aquí proponemos que es una construcción cognitiva, emotiva y conductual acerca de algo, sea una idea, una teoría, una actividad o un objetivo, que se propugna y se defiende con excesivo fervor y que convierte lo parcial y sesgado en global y absoluto, pertrechándose de un nudo de argumentaciones racionales para justificar las actitudes hostiles e intransigentes que emanan de dicha construcción y que genera una praxis belicosa, frecuentemente violenta, respecto a todo aquello o aquellos que no participan de la misma. Una visión concordante con la nuestra presenta Francisco Alonso-Fernández al plantear que "el núcleo del fanatismo puede entenderse como la actitud de entrega absoluta a unos ideales, con una intolerancia sistemática para los juicios y los comportamientos discrepantes" (Alonso Fernández, F., 1995, p. 191).

J. L. Pallarés, por su parte, efectúa una interesante discriminación entre superstición, fanatismo y dogmatismo, señalando que el supersticioso, aunque puede apoyarse en creencias falsas y en temores infundados como el fanático, carece del espíritu combativo y mesiánico de éste y no trata de infundir en otros sus convicciones como él. Además, no todos los fanáticos son supersticiosos, ni viceversa. Por su parte se puede ser dogmático y no fanático; ambos caracteres son rígidos, pero el fanático reúne la condición añadida de ser agresivo. Retrata al fanático como "irracional, desmesurado, violento, engreído, dogmático, inflexible, autoritario, exaltado... con algo de misticismo y de profetismo..." (Pallarés, J.L., 1996, p. 35).

Autores como Luis Casado (1989) entienden el fanatismo como una forma de evitación del crecimiento personal, un fracaso del desarrollo y la autoactualización, en términos de Maslow, aduciendo que son el miedo a la libertad, en tanto que se experimenta como soledad, la dependencia emocional, trampolín para la adopción de ideas externas, la ansiedad producida por la la incertidumbre del vivir, lo que empuja a abrazar la propuesta dogmatizada, el predominio de la necesidad de seguridad sobre la necesidad de expresión y crea-

ción personales, algunas de las razones que cristalizan en las actitudes fanáticas.

2. COMPONENTES PRESENTES INEXCUSABLEMENTE EN EL FANATISMO

En el fanatismo se dan, por tanto, varios elementos:

- a) Intensa adhesión a una idea universalizada, convertida mágicamente en 'la verdad' absoluta.
- b) Actitud de fe firme que deja en penumbra el funcionamiento racional, o como diría Savater, hace abdicar a la razón crítica. Esto se concreta en la obcecación y sumisión sin fisuras a un dogma.
- c) Rechazo, ataque, menosprecio de todo lo que se vive como diferente. La minusvaloración o degradación del otro o de lo otro es la piedra angular de la intransigencia, y nos habla de una fuerte patología narcisista (Armengol, R., 1999), que cuando es compartida por un grupo, raza o un pueblo frente a otros degenera en xenofobia, racismo, genocidio, etc. En el fanático el miedo o la prevención ante lo novedoso o diferente se transforma en recelo

persecutorio, de forma que lo nuevo es extraño, lo extraño es potencialmente desestabilizador o peligroso, y por consiguiente malo. Como defensa contra la ansiedad a lo desconocido o distinto, se establece el mecanismo esquizoparanoide que sitúa lo bueno en el mí o el "nosotros" conocido o cercano y todo lo malo y nocivo en el otro o "ellos". El sentimiento de amenaza indica que hay una latente arrogancia que niega o degrada en los diferentes su condición humana (Arendt, H., 1993), la rebaja hasta un nivel subhumano o de rebaño. Elisa Lucena señala: "Para el xenófobo el grupo contrario carece de rostro, lo que lo convierte en algo semejante a un rebaño o a un bosque, con la diferencia de que a sus ojos el rebaño se convierte en una manada de lobos" (Lucena, E., 1994, p. 152).

- d) Subversión o perversión del uso del instrumento racional que se instrumenta justificativamente al servicio de la argumentación trascendental de la idea o creencia sobrevalorada, pero se hace opaca y refractaria a cualquier idea contrapuesta o capaz de introducir dudas o réplicas a la misma. La libertad de pensar queda fuertemente mermada.

e) Emocionalidad primaria e irracional, individual o grupal, como sustrato de la idea fanática; dicha emocionalidad opera como fuente energética bruta, sin canalización, diques morales o legales que actúen como freno o cauce, por lo que inunda los demás aspectos o facetas de la personalidad convirtiéndose en torrentera desbordante que anegará cualesquiera otros intereses o desarrollos posibles.

f) Gran afán proselitista, inducido por la convicción de poseer la verdad, por la necesidad de diluir responsabilidades en el grupo heteróclito, por el deseo de reaseguramiento en la propia verdad a través del eco reverberante que se aprecia en los otros conversos. A este fin concurren los mensajes seductores, las campañas, profecías intimidatorias, mítines, comunicados, que se descargan sobre los atónitos correligionarios con la aureola de una verdad revelada y casi ultraterrena. Tal como señalaba Primo Levi "la propaganda sustituye a la información" (Levi, P., 1976).

La acción fanática disminuiría su poder si no obtuviera publicidad. La reivindicación de la autoría de un atentado es una estrategia proselitista que pretende incendiar el

ánimo de los simpatizantes tibios, exacerbar su odio dormido, agitar sus conciencias recordando las causas semiolvidadas del resentimiento. El odio que se expresa mudamente sólo queda en un crimen privado, el que se desata ante testigos, se configura como una fórmula para la adhesión de nuevos militantes. Por consiguiente, cuanto más vistosa y efectista sea una acción fanática, tanto más eficaz será desde el punto de vista del reclutamiento de candidatos, dado que enardece sádicamente la violencia primaria de los espectadores afines.

Vayamos por partes. El fanatismo es una actitud psicosocial, pero no nace sola. Proviene del indoctrinamiento, de la educación familiar, escolar, religiosa, mediática... Esto es: tiene una serie de focos sépticos en los que se inocular el virus (en forma de idea, sentimiento, predisposición, creencia o versículo), pero como pasa en todas las infecciones, éstas prenderán más o menos virulentamente dependiendo del caldo de cultivo favorable o desfavorable que cada sujeto ofrezca al germen contaminante. Dicho caldo de cultivo es, claramente, el psicológico. Nos referimos aquí a la estructura compacta o débil de la personalidad (madura/inmadura, patológica/normal, integrada/defensiva, realizada/coartada, etc) que opondrá una resistencia firme a

las ideas fanáticas o, por el contrario, actuará como un filtro sumamente permeable a cualquier seducción dogmática. Por consiguiente, la personalidad actuará análogamente al sistema inmune. Si es una personalidad fuerte y bien formada, adecuadamente madura y suficientemente estable, se mantendrá firme y evacuará los mensajes doctrinarios recibidos mediante el normal funcionamiento de su sistema crítico, personalizado y transigente con la pluralidad. Si es una personalidad inestable e insegura, con miedo a la libertad, al error personal, a la responsabilidad y a la incertidumbre, se aferrará ávidamente a cualquier propuesta doctrinaria que le tranquilice. Confundirá ésta la seducción con la convicción, tomará por verdaderos los silbos de Sirena, y será manipulable como una pobre cosa sin voluntad robotizada.

En su libro de 2001 *Un ser de lejanías*, Francisco Umbral auguraba que el fanatismo sería "la plaga tardía del siglo XXI". Apenas unos meses después de su aseveración el mundo entero constató de forma apocalíptica su acierto. Cuando todavía perduran las resonancias múltiples del holocausto de las Twin Towers (ahora sí empleado este término con propiedad, puesto que significa sacrificio por el fuego) se imponen múltiples reflexiones sobre la masificación y la insidia

soterrada del fenómeno fanático. Esta aportación va a tratar sobre algunos aspectos parciales de un asunto complejo en sus entrecruzamientos causales. Abordaré algunas llamativas paradojas que se entrañan en las personalidades fanáticas, y que son las más de las veces latentes tanto para el fanático mismo que ignora o niega que lo es, como para quien podría detectar sus incipientes signos, antes de que sea demasiado irreversible el proceso.

3. PARADOJAS DEL FANATISMO, EL MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DE CONTRADICCIÓN

Algunas de las paradojas existenciales del fanático que considero más significativas son las siguientes:

1. *No existen personas absolutamente fanáticas o personas completamente carentes de fanatismo. El fanatismo es un ingrediente o parte psicótica de la personalidad que está diferentemente desarrollada en cada uno.*

Cualquiera de nosotros tiene núcleos fanáticos en su personalidad, los elementos beta de los que hablaba Bion (1975), y que contienen lo destructivo, maligno, inasumido e inintegrable de nuestra

identidad. Consideraremos fanático a alguien no porque otro no lo sea, sino porque el predominio de su componente destructivo disociado es mayor que en el de quien consideramos tolerante. Por tanto no existe una demarcación cualitativa entre el fanático y el no fanático, como no existe entre el loco y el cuerdo, o entre el perverso y el normal, sino tan sólo un grado mayor o menor de conocimiento y control consciente de los núcleos fanáticos o una disociación o defusión de los mismos, que persistirían de forma autista e desgajada de la personalidad.

Partir de esto, tan revulsivo y difícil de admitir, es el primer paso para acceder a una madurez más tolerante. No hacerlo supondrá vivir las propias intransigencias como perfectamente legítimas e indignarse por los dogmatismos ajenos como completamente incomprensibles. Cuanto más irracionales e ignaros sean los núcleos fanáticos, con mayor ímpetu deberán ser evacuados, drenados, expulsados de nosotros. Lo que sucede en el fanático es que sus núcleos intransigentes no son rechazados por la vía de la crítica racional o moral, sino simplemente escindidos, disociados, apartados del yo y proyectados sobre un otro que, así, deviene enemigo. Ningún intransigente reconoce serlo. Ve la intolerancia en el adversario y la postura propia

se interpreta como razonable, necesaria y congruente respuesta a la hostilidad del otro. Estos mecanismos defensivos concatenados (escisión, disociación, renegación, proyección) permiten mantener una apariencia de dulzura, afabilidad y cordialidad que chocan con los actos destructivos que ejecutan. La serenidad y la tranquilidad de conciencia y conducta al efectuar la acción bárbara dan la clave de esa escalofriante contradicción propia de los cuadros de psicosis: frialdad emocional interna y virulencia y agresividad conductual.

Podríamos asegurar que el principal aliado del fanatismo es la falta de lucidez y su principal remedio el pensamiento crítico. Por ello, en un mundo plagado de especialistas sin escrúpulos y gozadores sin corazón, al decir de Max Weber, donde triunfa el no-valor, el mercado y la propaganda, el pensamiento cae derrotado ante la acción y el presentismo hedonista, el triunfalismo del poder a corto plazo y la imagen seductora y fulgurante vencen todo escrúpulo. Cómo no pensar que éste sea el humus ideal para la germinación de semillas fanáticas en todos aquellos que padecen hambre de ideales, de causas, de mitos o de legados que se transforman en compromisos de futuro. El afán de trascendencia, la avidez de respuestas securizantes y totalizadoras que rellenen la angustia de

disolución en la inanidad cotidiana, la depositación en el futuro de ideales que traspasen la individualidad, son algunos de los factores que acrecientan el fanatismo en nuestro tiempo.

2. A mayor invisibilidad y oscurantismo, mayor morbilidad y violencia fanática.

No olvidemos que, aunque suele adornarse con una semiología identificativa y ostentosa (cruces gamadas, cabezas rapadas o hábitos blancos en el Ku-klux-klan, por ejemplo), a menudo el fanatismo es silente y taimado, anida en la mente de cualquier persona con apariencia normal. A este propósito, y con lógica aplastante, afirma A. Muñoz Molina (2001) en su prodigiosa novela sobre la intolerancia cruel del siglo XX, *Sefarad*, lo siguiente: "si un miembro de la Gestapo tiene una cara normal, entonces cualquier cara normal puede ser la de alguien de la Gestapo".

El fanático puede estar camuflado entre lo que considera las fuerzas o el hábitat enemigo, puede poseer una habilidad camaleónica para pasar desapercibido, mostrar una excelente adaptación periférica a las costumbres de su antagonista, pero mantener latente e intacto su odio y su resolución de dañarle en cuanto reciba la orden. Suele ser un perfecto infiltrado o tapado en el

entorno sobre el que trama verter su odio, poco importa que conviva en vecindad, que comparta escuela, bar o escalera con su objetivo. Dormida en su interior persiste la determinación de violentar a su enemigo, que deja de ser una persona real para ser un objetivo bélico. G. Kepel (2001), autor de *La yihad*, al reflexionar sobre los 19 pilotos suicidas que actuaron en EE.UU., constata este hecho, señalando: "La paradoja más inquietante reside en la capacidad de disimulo de los kamikaces, que mantuvieron intactas sus convicciones extremas después de haber estado expuestos al funcionamiento de la sociedad occidental, incluso en sus aspectos más íntimos". El fanático suele estar perfectamente disimulado bajo mantos culturales, racionalizadores, esteticistas o biologicistas, que le dan una pátina de socialmente correcto, fácil de creer y de defender. Los fanatismos no se presentan como tales, suelen estar bien pertrechados de teorías históricas, filosóficas, biológicas o de cualquier otra especie que dan una cobertura indiscutible a su postura, actitudes y creencias.

Una paradoja sobresaliente es que el odio fanático permanece enquistado, incluso parece inexistente, dado el alto nivel de disimulada connivencia con el enemigo que puede alcanzar el sujeto fanatizado, no se nota, pasa desapercibi-

do, aguarda impasible la hora, el día señalado, la misión específica, para destaparse y aflorar. Si el odio se drenara en pequeñas aunque crónicas manifestaciones, se podrían adoptar medidas contra él, al tiempo que desactivaría potencialmente su capacidad destructiva. En cambio, alimentado sordamente, aletargado en la conciencia se mantiene tan vivo y feroz como el magma hirviente bajo una montaña helada en la superficie. Apunta García Gual en este sentido: "Quien odia de verdad está dispuesto a morir con tal de satisfacer su venganza, y en esa decisión destructiva la ira profunda centellea bajo el odio" (García Gual, C., 2002, p. 171).

Cuanto más siniestro y desastroso es el daño derivado de la acción fanática, tanto menos perversa es, más sobrio y natural semeja su ejecutante, más banal e inane parece la hazaña que va a acometer. Los periodistas y analistas comentan sorprendidos la serenidad con que Mohamed Atta y sus cómplices se encaminaban al avión que utilizarían para morir y para matar, como quien va a comprar pan. No hay una expresión desencajada, no se aprecia la iluminación en su rostro, ni el miedo o la angustia descomponen su marcha. La última noche de los pilotos suicidas cenaron comida rápida americana, se divirtieron al estilo americano. Previa-

mente, habían obtenido buenas notas en sus estudios durante años, eran disciplinados estudiantes, ni siquiera hicieron gala de un ardor especial en sus cultos o expresiones de fe. Su disfraz era bueno, podían ser turistas, viajeros de comercio o cualquier otra cosa. "Utilizaban desde hacía años las caretas de los adaptados" (VV.AA., 2002). Empero, algunos de ellos vivían demasiado intensamente la cultura americana que presuntamente odiaban como para que fuera un mero disimulo.

Eso es lo que causa asombro: que quienes han pasado a representar una de las gestas más reverberantes de la historia de la humanidad y quienes fueron connotados como modernas encarnaciones de Satán, habían pasado enteramente inadvertidos, no tenían cuernos ni rabo, ni llevaban estampada en su frente ninguna de las iconografías habituales del mal. Su frío temple indica aburrimiento e indiferencia, no revelaba que iban a matar, tan solo iban a llevar a cabo un trabajo para el que se habían preparado técnicamente durante años, el trabajo de la venganza, venganza de un agravio previo en el que todos los ciudadanos occidentales, según ellos, habían cooperado pasivamente, por la simple razón de pertenecer a una civilización que habían declarado e imaginado enemiga del Islám.

El odio es tanto más peligroso, cuanto más frío sea o más desdén finja. Para alcanzar la eficacia vengadora deseada, fin último del odio enraciado, no conviene que el rencor explote en efusiones incendiarias. Es preciso que repose, que muestre continuidad y durabilidad, que no se mitigue por un vuelco veleidoso de sentimientos o por un cambio de actitud respecto al enemigo. Para aumentar su efectividad ha de obedecer a un plan, integrarse en un proyecto, seleccionar estrategias y medios, perfeccionar la preparación del héroe ejecutante. De otra forma la virulencia fanática correría el riesgo de quedar en una traca de feria, en una nueva humillación ante el enemigo, que aumentaría la grandeza de éste al tiempo que dejaría en ridículo al vengador. Es preciso, por ello, que el fanático combine el furor del odio interno y soterrado y la flema externa del estratega. El odio fanático de esta especie es propio de lo que la psiquiatría tradicional designaba como locuras razonantes.

3. El fanático es un idiota moral razonante pero poco razonable.

Bilbeny (1993) denomina a los fanáticos "idiotas morales" pobres almas muertas, carentes de función empática (y por lo tanto incapaces de ponerse en el lugar del otro), carentes de función reflexiva

(incompetentes, por supuesto, para verse a sí mismos como en realidad son, en vez de como exaltadamente creen que son), y deficientes de la función de pensamiento (puesto que lo utilizan para atrofiar la razón). Es, por así, decir, la inteligencia contra sí misma (Luzuriaga, I., 1998). Esta insanía moral o banalización del mal de la que participa el fanático no se debe, sin embargo, ni a un déficit de recursos cognitivos (se tienen pero no se usan, si no es robotizadamente), ni a la indiscriminación entre el bien y el mal, ni a la presencia de una patología clínica convencional, como la psicosis, sino a una deformación del pensamiento, independiente totalmente de su cociente intelectual. En esto consiste la insensibilidad moral, la apatía emocional del fanático frío, capaz de realizar las mayores atrocidades sin perder la compostura (Alonso Fernández, 1995).

La idea fanática no es una idea pensada verdaderamente, ha sido deglutida de forma compacta y monolítica, incrustada como un cuerpo sin fisuras que no se fragmenta ni tritura para su asimilación; es un pensamiento sin la personalización que otorga la crítica, la duda o la exposición a pensamientos divergentes y críticos. De ese modo, el pensamiento enmudece en su praxis, no en su potencialidad. Queda derrotado. A. Finkiel-

kraut (2000) recuerda en su obra *La derrota del pensamiento* que la habilidad de pensar se estrella contra dos escollos: la barbarie fanática o la estulticia zombie de los perpetuos 'adultescentes' (adultos cronológicos que no abandonan nunca la adolescencia mental) que pueblan el mundo. El fanático adopta una posición de obediente procesador de consignas, dejando así de ser un sujeto pensante y transformándose en un sujeto robotizado que llega a simular pensamiento, pero sólo reproduce miméticamente ideas estereotipadas y ejecuta acciones programadas en su hardware mental. J. Baudrillard (2001) confirma este diagnóstico y culpa a la globalizada anomia y abulia moral de nuestro tiempo que todo lo inunda, de la muerte del espíritu, subrayando que uno de los agentes más catastróficamente destructores de la civilización occidental será la banalidad reinante en el pensamiento, en las informaciones, y en la irreflexión con que actuamos operatoriamente, sin tiempo ni ganas para hacernos eco del significado ni de las consecuencias. Esta misma banalidad occidental exacerba a aquellas otras tendencias religiosas que tratan de erigirse en adalides de lo espiritual y religioso, dispuestos a devastar en una fastuosa hoguera al mundo hereje y corrompido por el consumismo y la blasfema adoración del becerro de oro capitalista. Este

ardor estaba prendido en el ánimo de los integristas fanáticos como abanderados de la espiritualidad guerrera del Corán.

La apariencia engañosa de normalidad y hasta de trivialidad ofrecida a menudo por los más sanguinos fanáticos de la historia fue resaltada por H. Arendt, famosa intelectual judía paradójicamente ligada a Heidegger (reconocido pensador de quien se ha enfatizado su condescendiente aquiescencia con el nazismo). H. Arendt asistió al juicio que se efectuó a Eichman, uno de los principales responsables del genocidio judío, y después de verlo afirmó: "Me impresionó la manifiesta superficialidad del acusado, que hacía imposible vincular la incuestionable maldad de sus actos a ningún nivel más profundo de enraizamiento o motivación. Los actos fueron monstruosos, pero el responsable era totalmente corriente, del montón, ni demoníaco ni monstruoso" (Arendt, H., 1963).

De parecida forma, Bruno Bettelheim (1981) abunda en la idea del simplismo mental del fanático y su apariencia de funcionario del exterminio, que trata la vida humana con la misma distancia, flema y pulcritud con que llevaría a cabo cualquier asunto administrativo. Pone de manifiesto que uno cualquiera de los encargados de los campos de concentración podía ordenar el

gaseamiento e incineración de centenares de personas por la mañana y acudir por la tarde con su porte más gallardo a una sesión de ópera. Pues, a fin de cuentas, una característica esencial de las personalidades fanáticas es que utilizan su inteligencia para acallar sus emociones, por lo que no llegan a experimentar compasión o piedad, culpa o vergüenza por sus acciones. Las ejecutan con la insensibilidad e impasibilidad que un desparasitador fumiga los campos de maíz, o un registrador de la propiedad estampa el sello en los expedientes. El mejor retrato moral de un fanático estándar lo ofrece Primo Levi, cuando al ser preguntado por cómo eran o de qué pasta estaban hechos los esbirros nazis de las SS, escribe: "... estaban hechos de nuestra misma pasta, eran seres humanos medios, medianamente inteligentes, medianamente malvados: salvo excepciones, no eran monstruos, tenían nuestro mismo rostro, pero habían sido mal educados. Eran, en su mayoría, gente gregaria y funcionarios vulgares y diligentes: algunos fanáticamente persuadidos por la palabra nazi, muchos indiferentes, o temerosos del castigo, o deseosos de hacer carrera, o demasiado obedientes. Todos habían sufrido la aterradora deseducación suministrada e impuesta desde la escuela como habían querido Hitler y sus colaboradores..." (Levi, P. 1981).

En otra obra de su imprescindible trilogía acerca de su experiencia en Auschwitz, Si esto es un hombre, Primo Levi afirmaba con crudeza "Los monstruos existen pero son demasiado pocos para ser realmente peligrosos; más peligrosos son los hombres comunes, los funcionarios listos a creer y obedecer sin discutir..." (Levi, P., 1976). Allí mismo cuenta cómo las mujeres judías embarazadas, condenadas irremisiblemente a la cámara de gas, eran atendidas con toda la corrección profesional por los médicos nazis durante el parto. Los sanitarios se aplicaban para que el nacimiento se desarrollara adecuadamente: asepsia, lavado, corte limpio del cordón umbilical, etc, para a continuación exterminar a la madre y al bebé. Esta paradoja del comportamiento no se debe solamente a la saña crudelísima de los guardianes de los campos, sino a la disociación perfecta entre el acto médico del alumbramiento y el acto legal de la aplicación de una ley eugenésica que debía exterminar a los "bacilos humanos" (vide Hitler) de raza semita. En tanto médicos su conducta era primorosa, en tanto soldados ellos pensaban que también. Esa disociación les permitía dormir perfectamente tranquilos en sus casas por la noche después de acometer los más pavorosos horrores con suma pulcritud.

El pensamiento del fanático fun-

ción de forma rígida, no está sujeto a permuta, a duda, a commociones, ni siquiera a matizaciones. Sus ideas son escasas, formularias, nutridas de prejuicios, lemas, estereotipos y clichés. Poseen una visión hermética, compacta y encapsulada, fuera del curso del pensamiento. Por ello es fácilmente reproductor de los mensajes emitidos por líderes o figuras carismáticas e idealizadas. Por ello es frecuente la identificación imitativa de los comportamientos de los compañeros. Tanto es así que el no poner en duda las ideas preestablecidas y las consignas recibidas o repetir compulsivamente ciertos eslóganes es una demostración de lealtad y de ejemplaridad. Cuando un igual es dignificado y homenajado como héroe o adepto modélico, sólo hay que emular su pensamiento y su comportamiento para merecer igual galardón.

Elisa Lucena recuerda tres máximas de la Ilustración para combatir el fanatismo, en tanto que expresión suprema de un pensamiento débil, fracturado de la razón reflexiva e inmutable pese a los cambios externos en el entorno o en la situación general: "Pensar por uno mismo, ponerse en el lugar del otro y ser coherente en todo momento con el propio pensamiento" (Lucena, E., 1994, p. 157).

Merece la pena llamar la aten-

ción sobre la expresión no meramente formularia o retórica de "en todo momento" que dice la autora mencionada. Se alude implícitamente a que la coherencia con el pensamiento ha de darse tanto en situaciones ordinarias como extraordinarias, cuales pueden ser las que se producen en un régimen totalitario. No vale de excusa el alegato de la "obediencia debida", porque no se puede declinar el uso del pensamiento temporalmente, ni delegar la responsabilidad en el mando superior, así como no puede legitimarse el cumplimiento honorable de las tareas propias del cargo o del rango como eximentes de la responsabilidad de una acción. Si tal cosa ocurriera, ello certificaría la ausencia de pensamiento y de capacidad judicativa. Se puede no ser enteramente libre, pero legal y moralmente responsable de una acción cometida por cumplimiento fanático de una consigna. Se puede ser un militante ejemplar ante el microgrupo de los comulgantes de un régimen o sistema ideológico y, sin embargo, culpable y abyecto ante el resto de la humanidad. Tal es la rotunda contradicción que se colige de la satisfacción moral y la altiva arrogancia exhibida en los juicios por crímenes contra la humanidad practicados a tiranos, genocidas o militantes fanatizados, que se enfrentan con perplejidad a las acusaciones que se les lanzan, por estar imbuidos

de su convicción de ser simples mediadores necesarios en un fin lógico y noble.

4. El fanático se siente agente instrumental, pero no actor responsable de su acción.

Veamos: lo propio del cumplimiento fanático del deber es ejercer el trabajo metódica, y casi burocráticamente, con la pulcritud, la eficacia y la solvencia rutinaria de un trabajo mecánico cualquiera. No es exagerado referirse a estos individuos como máquinas de matar, que asumen la "obediencia de un cadáver". El fanático es un autómatas despersonalizado, al estilo de los reflejados por E.T.A. Hoffman (1993) en *Los autómatas*, pues se evalúa a sí mismo como pieza de un engranaje que lo ampara, responde de sus acciones por él y le reconoce como medio para un fin, mientras que lo desposee y lo aparta de su camino de individuación y subjetivación. Ése es uno de los fines de los comunicados reivindicativos que efectúa una banda terrorista o un grupo fanático tras un atentado: presentarse como catalizador grupal de la responsabilidad, despojando de ella a los individuos concretos ejecutantes. Ellos son presentados como simples piezas logísticas perfectamente reemplazables. Son exclusivamente mensajeros o misioneros, actores que representan su papel en el guión,

soldados que cumplen honorablemente su encargo, y si mueren en el empeño: mártires de la causa. La dialéctica paradoja culpable-inocente que acabo de exponer, es planteada también por J. A. Marina a propósito de los terroristas del Ulster: "¿Qué hacemos con los que apretaron el gatillo? ¿Puede ser un hombre al mismo tiempo héroe de una causa, tal vez justa, y asesino? ¿Es que hay dos niveles de comportamiento, de justificación de las acciones, simultáneos, paralelos? ¿Habría que condecorar a una persona por justiciera y condenarla después por criminal? ¿Cómo podemos vivir estas paradojas? (2000, p. 154).

Ellos creen actuar desde la coherencia con la orden, y esperan que su función les exonere de responsabilidad penal y moral, puesto que declinan su participación en tanto personas autónomas en los hechos. Recuerdo a propósito de esta dialéctica que J. Semprún (2001) se preguntaba respecto a esta paradoja por él mismo observada y padecida en Buchenwald, "¿Acaso no hay que ser un poco fanático para ser un buen soldado?". Cuando han de defenderse ante un tribunal, los torturadores esgrimen este argumento: son militantes de una causa o de un ejército militar o paramilitar, y en tanto tales están cumpliendo un acto bélico, declarado o no, de forma

que su misión consiste en causar bajas en el enemigo para así debilitarlo. Declinan la culpa personal, pues son meros soldados leales a su bandera, a su causa o a su patria. No admiten responsabilidad de sus acciones, aún siendo autores materiales, pues sólo son el vehículo mediador de una misión, y como tal perfectamente impersonales y sustituibles. W. Golding (1954) en su emblemática obra sobre la violencia humana, *El señor de las moscas*, se pronuncia sobre esta cuestión: "sin responsabilidades no hay sentido de culpa; sin culpa no hay madurez".

La tortura sistemática o los atentados más sangrientos pueden realizarse impávidamente, desapasionadamente. Himmler adiestraba a sus esbirros de la S.S. para que fueran sobrehumanamente inhumanos, lo que equivale a ignorar lo humano (por lo tanto abandonar los cánones humanos, para así librarse de cualquier elemento identificativo con la víctima), para luego aplastar y degradar lo humano. Veamos que en este doble movimiento el verdugo evita compartir con su víctima su rango humano, tanto porque en cuanto torturador se pone por encima, cuanto porque a la víctima la denigra y la despersonaliza, hasta convertirla en animal, en cosa o en materia amorfa. Sutil trama psicológica que elude el sentimiento de responsabilidad y la culpa. De

hecho, Himmler expedientaba a los torturadores que realizaban su trabajo con odio personal, porque ello significaba que se mantenía en el rango de persona, y no de soldado, y que consideraba a la víctima digna de sentimiento, aunque fuera de odio, pues al hacerlo la reconocía en cuanto persona también.

Probablemente la paradoja se resuelva subiendo de nivel, aceptando que se puede tener razones, pero no por ello patentar la verdad, que se puede defender una causa justa, pero sin embargo no tener derecho a violentar a otros para ello, que pueden encontrarse mitos trascendentales y justificativos (Marina, J.M. y Válgoma, 2001) que avalen un comportamiento, pero ser completamente astigmáticos respecto a otras franjas de la realidad, a otras dimensiones del conocimiento. J.R. López de la Osa (1995) distingue a este respecto entre mito e ideología. El mito es inocuo, puede darse una construcción más o menos ficticia sobre algo, en lo que el individuo vive sólo consciente a medias, pero no perturba a nadie. Ahora bien, cuando el mito se ideologiza, se convierte en arma intelectual para justificar la acción. La razón basada en la ideología excluye las razones discrepantes, se basa en una dialéctica de contrarios ("o tú o yo"), en cambio la razón basada en el mito admite las razones discrepan-

tes, porque parte del diálogo. La ideología es conflictiva. Tal vez por esto, podamos comprender mejor la esencia belicosa del siglo XX, el siglo de las ideologías (aludo aquí a un comentario de Trapiello, 2001, en el que manifiesta: "El siglo XXI fue el de los ideales. El siglo XX fue el de las ideologías. Casi todo el mundo está de acuerdo en que las ideologías han muerto, pero nadie quiere resucitar los ideales"). Quizá el fanatismo de cualquier especie florezca cuando a una ideología (potencialmente conflictiva) se le superponga un ideal (sea disparatado, sea demente), una aspiración, una injusticia. Entonces su caudal destructivo puede ser inconmensurable. Dice M. Bordes Solanas: "Los ideales del fanático no sólo contienen la posibilidad de la universalización, sino que la exigen... Pero el fanático lleva en sí la semilla del desastre, la confianza en su infalibilidad (...) (1999, p. 194).

5. *Se viven a sí mismos como víctimas y actúan como impasibles verdugos.*

La dialéctica verdugo/víctima es esencial para comprender el fanatismo. El fermento fanático consiste, en efecto, en un sentimiento de agravio u ofensa, que se remonta a veces a un pasado histórico lejano, pero que se sigue alimentando distorsionadamente en la transmisión oral de generación en generación.

De hecho, alimentar el odio grupal contra un enemigo externo, con base real o figurada, sirve como un fuerte aglutinante de integración intragrupo, a la par que exagera el sentimiento de pertenencia y participación dentro de un grupo, familia o clan. Un individuo manifiesta ser "uno de los nuestros" cuando comparte los odios, rencores y afán de venganza con su grupo de pertenencia. En cambio, si se desvincula de los odios o rencillas del grupo, o se inhibe de sus planes para restaurar el honor agredido, pasa a ser percibido como un traidor, mereciendo la condena y en ocasiones la persecución o muerte a cargo de su propio clan, o cuando menos la marginación dentro de él. Es algo que observamos en los arrepentidos de las sectas, en los que tratan de escapar de la ley del grupo que rige en las familias mafiosas, en los que abandonan bandas terroristas, etc. Los arrepentidos que abandonan una organización fanática saben que sufren mayores riesgos después de salir que durante su pertenencia al grupo.

El victimismo se asienta en el resentimiento, emoción mezquina y turbia para Aristóteles, y éste surge o más bien se desarrolla gradualmente como reacción a lo que se juzga una actitud, intención o acción ofensiva por parte de otra persona. Lo esencial en el resentimiento

miento, para ser diferenciado de la ira es la repetición de lo que se vive como ofensa, lo que favorece la específica percepción de que "llueve sobre mojado", de forma que no sólo se recibe pasiva o incontrolablemente la afrenta sino que se sufre como revictimación. A menudo en el resentimiento se da la circunstancia de que el sujeto, grupo, pueblo o nación, interpreta algo como ofensivo, y su furia se encona mucho más por haber tenido la expectativa contraria: Tal ocurre cuando se espera apoyo y en lugar de recibirse, se obtiene una respuesta humillante o despectiva. Todo lo cual favorece que el sujeto, grupo, pueblo o nación receptores, máxime si son suspicaces y algo paranoides, valoren como una afrenta intolerable la respuesta obtenida. Una vez llegados aquí lo siguiente es atribuir al otro una malévolos intencionalidad y justificarse en el proyecto de recuperar el honor perdido, vengarse de la afrenta recibida o reconquistar el bien amenazado. La función básica del resentimiento es la de no olvidar la ofensa, alertando al sujeto para la defensa, el contraataque o, lo que sucede en el fanático, para anticiparse al ataque temido con un ataque de más devastadoras consecuencias, que es justamente lo que reza el lema de "no hay mejor defensa que un buen ataque"

El resentimiento es la piedra de

toque de las formaciones paranoides de tinte fanático, porque se basa en ofensas imaginarias, distorsionadas y magnificadas, a menudo aprendidas en el contexto familiar o social, y ni siquiera padecidas personalmente, pero que actúan como memoria histórica mitificada de un grupo. J.A. Marina (2000) se refiere a ello como "mitologías que matan". El recuerdo de lo doloroso queda fetichizado, momificado en el interior, inmune al paso del tiempo, incluso congelado, pudiendo aflorar anacrónicamente, cuando ya ha sido olvidado por todos. Podría pensarse, como lo hace J.M. Vicario (1994) que el resentimiento proviene de un traumatismo psíquico no metabolizado, delirante incluso, que no puede ser incorporado narrativamente a la secuencia de la propia vida, por lo que persiste ajeno al desgaste. Lo primero que se busca a continuación es un responsable hacia quien dirigir el odio y la sed de venganza. El resentimiento victimista tiene más de escondido y latente que de manifiesto, por eso se enrañca y fanatiza. Por eso se sueña y se diseña pausadamente el resarcimiento con la acción cruenta posterior. Su saña puede ser incluso desproporcionada a la ofensa recibida, pero se disculpará agigantando el alcance del agravio padecido. En suma, el fanático justifica su acción criminal porque considera que no hay seres inocentes (Ugarte, J., 1996), que no se puede estar en

el medio, que no caben medias tintas: o se está dentro o se está fuera.

Rosalind Minsky (1998) explica o, más bien, interpreta que la violencia ligada al extremismo arranca de un maniqueísmo infantil no superado, en virtud del cual en cualquier confrontación, incluidos los debates, disputas y juegos, sólo se puede ser ganador o perdedor, verdugo o víctima. Efectivamente, podemos comprobar como este tipo de visiones características de posiciones esquizoparanoides que gustan tanto a los niños (policías y ladrones, indios y vaqueros, buenos y malos), siguen reproduciéndose estereotipadamente en las culturas, en los análisis periodísticos, en el deporte, etc. Todo ello alimenta la polarización mental, le impide evolucionar hacia supuestos más complejos, mediatizados y realistas. Las simplificaciones son cómodas para la pereza mental pero casi nunca son ciertas. Lo peor es que esa dialéctica es alimentada en las personalidades fanáticas que tienden a interpretar su situación de debilidad o inferioridad como resultado, no de su vulnerabilidad o de su fragilidad propia, sino del agravio o del aplastamiento del que culpan al otro (persona, país, civilización, etc), eso además se suma a la envidia a la prosperidad o mejor fortuna del adversario, vivida nuevamente como afrenta ostentosa.

En este entramado de racionalizaciones del odio, en vez de metabolizar la vergüenza por la sensación de inferioridad o de impotencia, se traduce y se reelabora como sentimiento de humillación y victimismo, en función de los cuales se legitima tanto el rencor como el deseo de retaliación y desagravio. La primera consecuencia de este talante es la querulancia: el agraviado demanda, reclama o exige ser resarcido de la afrenta que siente se le ha infligido. Esta se correspondería con la etapa paranoide sensitiva. La segunda, toda vez que no se obtiene respuesta o ésta se considera insuficiente o agraviosa, y por consiguiente una burla a sus merecidos derechos, se corresponde con la etapa paranoide activa, esténica y violenta: aquí se devuelve el daño que no se ha podido digerir y se ataca al adversario vivenciado como verdugo. Esta dialéctica de víctimas y verdugos es la materialización fanática del maniqueísmo infantil, una plasmación del primitivismo moral (el bien y el mal, el blanco y el negro) en la que cíclicamente cae la humanidad, porque no suele estar revasado plenamente en el ciclo vital individual ni en el social. El "Qué buenos somos y qué daño nos han hecho aquéllos" favorece el ardor revolucionario, el ansia de aniquilación, de quien así pasa de ser víctima a verdugo, persistiendo pese a ello su percepción de víctima que,

según cree, se "limita a utilizar el único cauce que le dejan". Elie Wiesel afirma lo siguiente: "El fanático no aspira a convencer, sino a dominar, a subyugar, a aplastar. El fanático se erige a sí mismo en legislador, intérprete de la ley, fiscal, juez y verdugo" (2001).

Pero he aquí otra contradicción del resentido fanático: se siente víctima pero no aceptará jamás ningún agravio como suficiente, ni admitirá acciones de reparación o de reconciliación, ya que entonces se quedaría sin coartada para su finalidad aniquiladora. Puesto que su victimismo le sirve para justificar su necesidad de descargar su agresividad sobre alguien, precisa seguir sosteniendo su posición de víctima para otorgar al prójimo la calidad de enemigo. Esto nos ayuda a comprender la contradicción de que pedir perdón al resentido sería interpretado por éste como reconocimiento de la culpa y de la mala voluntad que alguien puso en la ofensa. Y no hacerlo, a su vez, sería interpretado como ausencia de buena voluntad por parte del ofensor, y prueba de su inquina (Hansberg, O., 1996).

6. *El fanático convierte la muerte en la suprema afirmación de la vida.*

Tanto en el sentir popular como en los estudios cultos se enfatiza

mucho el ingrediente pasional del fanatismo, y es de notar la ambigüedad que esto entraña, pues si bien la pasión viene connotada por una intensidad energética (fuerte catexia sobre el objeto de la pasión), también tiene mucho de apetito vehemente, de padecimiento y tormento, de enajenación producida por "qualquier perturbación o afecto desordenado del ánimo" (R.A.E., 1976). Quiero resaltar con esto que en la medida que el fanático es un apasionado está por un lado más en sí mismo (con el vigor y la energía que le infunde la idea con la que se identifica), y menos en sí mismo (en tanto que se le escapa el control racional sobre su propio enardecimiento enloquecido con la idea). De modo que la primera paradoja del fanático es que es menos dueño de sí cuanto más sí mismo cree ser en el ejercicio de su identidad.

A mi modo de ver, el fanatismo es una patología desmesurada del deseo, pero no del deseo con minúsculas, sino del Deseo con mayúsculas. Me explico: una cosa es el deseo de algo, concreto, definible, cristalizado en un objeto representado en la mente como un bien más o menos asequible, convertido así en objeto de deseo y anhelo. Otra cosa es el Deseo de lo Otro, también con mayúsculas, impreciso, indeterminado, idealizado, vago, valorado como la Supre-

ma Felicidad, la Suprema Realización del Yo (pueblo, grupo, etc). De modo que mientras el deseo con minúsculas que compone nuestra vida cotidiana participa del bien, de la bondad..., el Deseo con mayúsculas se confunde con el bien, con la bondad. Deviene la Verdad completa. El fanático se mueve en el espejismo de realizar ese Deseo sumo, de fundirse con el Objeto sobrevalorado y perfecto hacia el que orienta su vida entera.

La lucha por esa aspiración perfila al fanático como un adicto a la perfección, un enfermo de Deseo que ha perdido la noción de realidad y se ha lanzado a la conquista delirante de una grandiosa pero imposible maravilla. La pasión fanática es pasión de vida, incuba en el sujeto un vitalismo excesivo que desemboca en nihilismo. La máxima afirmación de la vida como búsqueda decidida de un Absoluto perfecto depara sufrimiento, muerte, ruptura con la sociedad, apoteosis trágicas. J. Szpilka (1999) ahonda en este interesante punto. La vida -dice- no vale la pena ser vivida si no hay algo por lo que valga la pena morir o matar. Vivir se sustenta en el deseo de otra cosa, y esa otra cosa escapa a menudo a los preceptos de la biología (cuyo objetivo prioritario es preservar la vida y prolongarla, y a ello conducen los instintos de supervivencia y de reproducción), y a los preceptos

racionales. La vida del fanático está traspasada de esta búsqueda de sentido, que está más allá de la vida misma. Pretende un significado al que supedita todo lo demás, incluso la vida misma en su sentido biológico. Por eso, la inmolación deviene un rito de encuentro con el sentido que aguarda al sujeto al otro lado de la muerte (llámese cielo, paraíso...) esa Suprema Felicidad estipulada en su ámbito de creencia. Muriendo dota de significado a la vida, la exalta, la ubica como un eslabón en la realización del Deseo. Reproduzco las palabras de Szpilka en otro lugar: "Que el sentido de la vida esté más allá de la vida misma, se especifica por el hecho de que la vida misma no tiene sentido si no hay algo por lo que vale la pena matar o por lo que vale la pena morir. Hay que matar trascendiendo el matar para vivir y hay que morir trascendiendo la muerte natural animal. Así matar o morir devienen solamente significantes de la libertad subjetiva, libertad que por otro lado no es más que otra forma de testimoniar al ser" (2002, 204)

El Deseo, como vemos, puede más en el fanático que la supervivencia. El fanatismo es la más flagrante epifanía de esta paradoja de vida y muerte (Moreno, E. y Fernández-Soriano, J. 1996). El sujeto queda fascinado por una promesa de vitalidad que resulta muy atracti-

va porque supera las deficiencias y frustraciones de la vida real que le ha tocado en suerte. El morir se constituye como una forma de goce irrenunciable. La expresión tanática se apodera por completo del ser y utiliza los recursos de la vida (movimiento, inteligencia, palabra) para facilitar la aniquilación de la vida.

7. El fanático se siente más plenamente sí-mismo cuanto más alienado está.

¿Cómo se llega a ello? De entrada mediante una identificación fusiva y confusional de la persona y la idea. En vez de figurar ésta como idea satélite del self, periférica y con la que se intercambian evolutivamente nuevas ideas a lo largo del desarrollo personal (tal como correspondería a la relación de cualquier sujeto con un pensamiento o creencia que va flexiblemente modificándose a lo largo de la vida a tenor de las experiencias cambiantes y de las distintas formas de ser que se van pautando en el crecimiento personal), en el fanático esa idea defendida acaba por incorporación incorporativa formando parte del núcleo del self. De esta forma permanece inmune a cualquier desarrollo posterior, matización o pulimiento. Es un quiste que se instala en el sí-mismo y se nutre de él, lo parasita, crece a sus expensas y no está sujeto a mutación o matiza-

ción, tampoco a extirpación sin que ello atente contra la propia supervivencia psíquica de la identidad. M. Bordes Solanas sugiere que: "Los ideales del fanático no sólo contienen la posibilidad de la universalización, sino que la exigen... Pero el fanático lleva en sí la semilla del desastre: la confianza en su infalibilidad (...). El fanatismo corrompe la más elevada moralidad" (1999, 194).

He ahí que, una vez inscrito en el cogollo de la identidad se es más plenamente sí mismo cuando más esplendor y explosividad alcance el núcleo fanático, pero ello sólo a costa de la alienación definitiva del self verdadero, en favor de un falso self o personalidad "como sí" que se apropia de la personalidad genuina. El sedimento fanático parasita el self verdadero y lo expulsa o lo niega. Para el observador extraño, el fanático es una persona alienada (en su significado etimológico de ser un otro distinto del que se es), mientras para sí mismo el fanático se vive en la culminación plena de su proceso de realización personal, y de la dotación de sentido a su vida. Vemos aquí la epifanía de la paradoja vitalismo neurótico-nihilismo, la confluencia de las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte. Idea ésta compartida por el último premio nobel de literatura Naipaul.

Como hemos visto antes, que

una vez que el proceso de identificación con la idea ha alcanzado el cénit, está más dispuesto que nunca a inmolarse o a sacrificarse a sí mismo en aras de la consecución de un objetivo o idea sobrevalorados. En efecto, como pone de relieve R. Bassols (1999) uno de los mecanismos que se muestran más activos en el adepto o prosélito es el de idealización o sobrevaloración de la idea al tiempo que la denigración, o ensombrecimiento al menos, de todo lo que escapa al foco selectivo de su interés. Esto produce un resultado sorprendente: cuanto mayor militancia alcanzan, de una parte provocan destrucción y muerte y de otra se sienten más orgullosos y satisfechos de sus hazañas, obliterando todo sentimiento de culpa. Su glorificación consiste en la omnipotencia de su destructividad. Así se entiende que mientras la humanidad llora por la devastación o el terrorismo del 11 de septiembre, los promotores de la hecatombe gocen de un estado beatífico, extático o eufórico por la vivencia de triunfo. El dolor o la injusticia ocasionados arbitrariamente a personas inocentes son apartados de su juicio moral, o pasan a formar parte de la retórica justificacionista de su argumentación sesgadamente racionalizada. No puede entenderse esto sin acudir al mecanismo de escisión esquizo-paranoide, traducible en otros términos más llanos como maniqueísmo o polarización

en buenos-malos, blanco-negro, premio-castigo.

Reparemos que cuanto más salvaje, cruel, inopinada y revulsiva sea una campaña fanática de propaganda o de acción terrorista, tanto más convencidos de la nobleza de su causa, de la justificación de sus medios y del altruismo de sus fines están los gudarís, los soldados o los fieles que la ejecutan. Aludimos a la magnanimidad, al desprendimiento de los vínculos personales y de la historia propia, a la generosidad y a la dádiva con que el fanático se despoja de su nombre (para adoptar un alias militante) y de su futuro como proyecto personalizado, para devenir un recluta al servicio de una idea trascendente que termina por absorber y vampirizar su vida toda. Aspecto éste que ya fue analizada por nosotros en otro lugar (Sánchez, T., 2001). Pero, asombrosamente, este minucioso aunque abrupto ataque a las partes del yo (esos amados objetos internos que consideramos la esencia de la identidad y de los que no es posible separarse sin enloquecer) es rebautizado y reinterpretado por el sujeto fanático como altruismo. Los demás solemos considerar imprescindibles nuestro nombre, proyectos y recuerdos personales para reconocernos. En cambio, la expresión y las metas individuales del yo serán vividas por un fanático como ego-

centrismo mezquino. Algunos de los rasgos principales de un gregario fanático son puestos de relieve por F. Letamendi que resalta: "... el maniqueísmo moral, la agudización de las nociones de amigo y enemigo, el culto a los muertos y la convivencia de los valores más brutales con los más nobles, tales como el compañerismo" (Letamendi, F., 1996, p. 154).

En fin, he de dejar aquí esta disertación sobre un tema muy complejo y poliédrico, sobre el que caben efectuar múltiples enfoques: sociológicos, religiosos, políticos, económicos, lingüísticos. Aquí he pretendido tan sólo acotar algunas llamativas paradojas hasta ahora no enunciadas o desarrolladas en la literatura o meditaciones sobre fanatismo que he consultado.

REFERENCIAS

- Alonso Fernández, F. (1995). "El fanatismo y sus remedios", *Psicopatología*, 15, 4, pp.191-197.
- Arendt, H. (1963). Eichmann en Jerusalén. *Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Península.
- Arendt, H. (1984). *La vida del espíritu*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Arendt, H. (1993). *La condición humana*, Barcelona: Paidós.
- Armengol Millans, R. (1999). "El fanatismo, una perversión del narcisismo". *Temas de Psicoanálisis*, IV, pp. 131-166.
- Bassols, R. (1999): "Sobre fanatismo y violencia. Ensayo desde una perspectiva psicoanalítica". *Temas de Psicoanálisis*, IV. pp. 167-179.
- Baudrillard, J. (2001). Entrevista en El Cultural de El Mundo.
- Bettelheim, B. (1981). *Sobrevivir. El holocausto una generación después*. Barcelona: Crítica.
- Billbeny, N. (1993). *El idiota moral*. La banalidad del mal en el siglo XX. Barcelona: Anagrama.
- Bion, W. (1975). *Aprendiendo de la experiencia*, Buenos Aires, Paidós.
- Bordes Solanas, M. (1999). "Terrorismo y acción normativa". *Isegoria. Revista de Filosofía Moral y Política*, 20. pp. 189-196.
- Casado Esquiús, L. (1989). "Una visión del fanatismo desde la psicología humanista". *Revista de Psiquiatría y Psicología humanista*, 27-28, pp. 148-153.
- Finkelkraut, A. (2000). *La derrota del pensamiento*, Barcelona: Anagrama.
- García Gual, C. (2002). *Los estragos del odio*. VV.AA. El odio, Barcelona: Tusquets ed.
- Golding, W. (1954). *El señor de las moscas*. Madrid: Unidad Editorial, 1999.

Hansberg, O. (1996). *La diversidad de las emociones*. México: Fondo de Cultura.

Hoffman, E.T.A. (1993). *Los autómatas*. San Sebastián, Olañeta ed.

Javaloy, F. (1984). *Introducción al estudio del fanatismo*. Barcelona: Universidad de Barcelona.

Kepel, G. (2001). *La yihad*. Barcelona: Península.

Letamendi, F. (1996). "Sobre el conflicto vasco". *Revista Internacional de Filosofía Política*, 8.

Levi, P. (1976). *Si esto es un hombre*. Barcelona: Muchnik (5ª ed.), 2001.

Levi, P. (1984). *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Muchnik, (2ª ed), 2001.

López de la Osa, J.R. (1995). "La tolerancia: un signo de madurez cultural". *Sociedad y Utopía*, 5. pp. 137-150.

Lucena, E. (1994). "Racismo y xenofobia". *Anábasis. Revista de Filosofía*, 1. Nº 1.

Luzuriaga, I. (1998). *La inteligencia contra sí misma*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Marina, J.A. (2000). *Crónicas de la ultramodernidad*. Barcelona: Anagrama.

Marina, J.A. y Válgoma, M. De la (2001). *La lucha por la dignidad*, Barcelona: Anagrama.

Minsky, R. (1998). *Psicoanálisis y Cultura. Estados de ánimo contemporáneos*. Madrid: Cátedra, 2000.

Moreno, E. y Fernández-Soriano, J. (1996). "La agresión: paradoja de vida y muerte". *Revista de Psicoanálisis*, 24, pp. 9-28.

Muñoz Molina, A. (2001). *Sefarad*. Madrid: Alfaguara.

Pallarés, J.L. (1996). "La tolerancia desde una perspectiva antropológica". *Rs. Cuadernos de Realidades Sociales*, 47-48, pp. 21-44.

R.A.E. (1726). *Diccionario de Autoridades* (1726), Ed. Facsímil. Madrid: Gredos, 1976.

D.R.A.E. (1992). *Diccionario de la lengua española*, Madrid: Espasa Calpe.

Rostand, J. (1971). *Ciencia falsa y falsas ciencias*. Madrid: Salvat.

Sánchez, T. (2001). *Claves psicológicas de la actualidad informativa y social*. Salamanca: Universidad Pontificia.

Semprún, J. (2001). *Viviré con tu nombre, morirás con el mío*. Barcelona: Tusquets ed.

Szpilka, J. (1999). "Instinto, pulsión y deseo". Conferencia pronunciada en la Escuela de Enfermería el 30-10-1999.

Szpilka, J. (2002). *Crear en el inconsciente*. Madrid: Síntesis.

Trapiello, A. (2001). *Tururú y otras porfías*, Barcelona: Península.

Ugarte, J. (1996). "El terrorista. Alienación del héroe romántico". *Leviatán*, nº 65.

Umbral, F. (2001). *Un ser de lejanías*, Barcelona: Planeta.

Vicario, J.M. (1994). "Algunas consideraciones sobre traumatismo y resentimiento". *Libro Anual de Psicoanálisis*, 1994, pp. 11-19.

VV.AA. (2002). 11 de septiembre. *Historia de un ataque terrorista*, Galaxia Gutenberg. (Resumen recogido en El País, 7 de julio de 2002.)

VV.AA. (2002). *El mundo después del 11 de septiembre de 2001*. Barcelona: Península.

Wiesel, E. Entrevista en A.B.C. en julio de 2001.